

significante; pues Juan poco tiempo antes de su fallecimiento había reunido á los mas importantes oficiales de su ejército, proponiéndoles que reconociesen como emperador su hijo menor, el ya citado príncipe Manuel, por ser un hombre especialmente valiente, dispuesto y de gran actividad (1). Los oficiales se manifestaron conformes, y su palabra bastó para asegurar la corona al príncipe Manuel, porque el ejército del imperio bizantino de aquella época tenía en sus manos la balanza que decidía del poder. Así, pues, el sucesor designado para ocupar entonces el trono de los Comnenos podía ser tan peligroso para los cruzados, como lo había sido su antecesor.

En tales circunstancias, entre la penosa inquietud que le causaba la preponderancia de los seldyucidas y de los griegos, llegó el rey Fulco al término de su vida. Verdad es que dejó el territorio de su mando en la mejor situación posible, porque el reino de Jerusalem en lo relativo al exterior estaba en paz con Damasco y por tanto, á cubierto en cierto modo contra Zenki, y disfrutaba en el interior de los beneficios de un activo progreso; así por ejemplo durante los últimos años de Fulco se construyeron los castillos *Garde blanche* y *Krak* y el monasterio de Betania; pero ¡sobre qué inseguros cimientos se había fundado todo esto en frente de los terribles peligros, que amenazaban por todas partes al Norte de Siria y por consiguiente á la Tierra Santa! Puede decirse en verdad, que la situación de los cruzados en aquella época era digna de compasión; pues por mucha culpa que ellos mismos tuviesen, en que se hubiese oscurecido su porvenir, es lo cierto sin embargo que era una suerte extraordinariamente fatal el verse rodeados de enemigos en el espacioso territorio del Oriente desde Bagdad y El Cairo hasta Constantinopla. Además experimentaron la gran desgracia de la irreparable pérdida del sabio monarca Fulco. En noviembre del año 1143, al verificar una rápida excursión delante de las puertas de Akkon, cayó con tan mala fortuna de su caballo, que poco tiempo despues exhaló el último suspiro. Su repentina muerte fué para los cruzados tanto mas funesta, cuanto que sus hijos Balduino y Amalrico no tenían mas que trece años el primero y siete el segundo. La reina viuda Melisenda se puso al frente del gobierno en representación de su hijo mayor Balduino. Con esto, en una época por demás fatal, vino á parar el reino de Jerusalem á manos de una mujer, que en su orgullo y ambición tenía una lamentable semejanza con su hermana la tristemente célebre Elisa de Antioquia.

CAPITULO V

SEGUNDA CRUZADA (2)

EL ORIENTE ANTES DE LA SEGUNDA CRUZADA

Pintásenos al príncipe Raimundo de Antioquia como uno de los héroes mas brillantes de su tiempo. Dícese que era muy hermoso, de fuerzas hercúleas é invencible en la lucha, y al mismo tiempo fino, discreto y afable. Pero no estaba adornado de las dotes de un soberano. Jugaba loca-

(1) Juan tuvo cuatro hijos: Alejo, Andrónico, Isaac y Manuel. De estos los dos primeros murieron en temprana edad. Isaac fué postergado entonces en provecho de Manuel.

(2) Wilken, Historia de las Cruzadas, vol. III, sec. I, y las obras arriba citadas. Además, Disertación de Sybel, sobre la segunda cruzada, en la Revista de Ciencias históricas, Berlin 1845, tom. IV, vuelta á insertar en los «Pequeños escritos históricos» de Sybel, Munich, 1863. Giesebrecht, Historia de la época imperial de Alemania, tom. IV. Cosack, la conquista de Lisboa en el año 1147 y Halle 1875. Kugler, Estudios para la historia de la segunda Cruzada, Stuttgart 1866. Kugler, Anales para la historia de la segunda Cruzada, Tubinga, 1878.

mente con el peligro, corría tras inasequibles ganancias, y por fin se arruinó á sí mismo y perdió á los suyos.

Hasta entonces había resistido el ímpetu extraordinario de los acontecimientos, siempre con bastante fortuna; y este resultado relativamente bueno, contribuyó á animarle á cometer las mas locas y arriesgadas empresas. Apenas supo que el emperador Juan había muerto, envió á Cilicia una embajada con encargo de exigir al joven Manuel la entrega de todos los territorios antiguos ocupados por los griegos. Manuel no solo contestó rechazando desdeñosamente la demanda, sino que repitió además la antigua pretension de los Comnenos, de que todo el territorio que en otro tiempo había sido del imperio romano, le pertenecía de derecho. Despues de haber despedido de este modo á los embajadores antioquenos, dejó las fronteras de Siria, para regresar inmediatamente á Constantinopla, y recibir la corona del imperio de manos del patriarca. Raimundo aprovechó sin demora este alejamiento, penetró en Cilicia y arrancó á los griegos algunas plazas fuertes.

Era preciso tomar una cruel venganza de todo esto; y al efecto, el joven emperador, poco tiempo despues de haberse instalado en su capital, y de hallarse allí en segura posesion del gobierno, envió á Antioquia un ejército terrestre y una escuadra al mando de los mas experimentados generales de su padre. Estos llegaron á Cilicia y en las costas de Antioquia trabaron sangrientas luchas, por resultado de las cuales, el príncipe Raimundo, á pesar de algunas ventajas aisladas, quedó al fin tan acobardado que para no verse reducido al último extremo marchó él mismo á Constantinopla, y se humilló respetuosamente ante el emperador. Este le volvió á su gracia luego que pidió perdon sobre la tumba del emperador Juan y renovó el juramento feudal como vasallo del imperio bizantino (1144).

Naturalmente, este no fué mas que el comienzo de desgracias ulteriores y de peor género. Imadeddin Zenki observaba atentamente á los cristianos y veía con satisfacción cómo había cambiado la situación en favor suyo, sin que para ello hiciese él nada. Fulco había muerto; Raimundo estaba lejos y el poder de Antioquia se hallaba quebrantado. En este caso podía dar un golpe decisivo contra los cruzados, pues no era ya de temer que le saliesen al encuentro con rapidez y todos unidos.

Pero tambien en esta ocasion tuvo en cuenta el emir, que los cristianos latinos eran una raza de héroes, contra la cual hasta entonces en muy raras ocasiones había podido medir sus armas con ventaja. Pareciale en particular terrible el conde Joscelin, quien de ordinario residía en Tell-Baschir, desde donde tenía en jaque á la mitad de la Mesopotamia con atrevidas expediciones, y se había conquistado entre sus enemigos el sobrenombre de «El diablo» en tiempo de los francos. Por fin Zenki resolvió sitiar la populosa ciudad de Edesa. Pero para no alarmar á los cristianos, emprendió por de pronto en el otoño de 1144, una campaña al Norte de Mesopotamia, y cayó sobre ellos cuando le fué notificado por uno de sus lugartenientes, que era propicia la ocasion para dar comienzo á la campaña principal.

En noviembre se presentó de repente delante de Edesa con poderoso ejército. La ciudad tenía buenas fortificaciones y fué defendida con valor heroico; pero debía sucumbir si en breve plazo no llegaban considerables fuerzas á levantar el sitio. El conde Joscelin se preparó á hacer el último esfuerzo, y envió sin demora algunos mensajeros á Jerusalem y á Antioquia en demanda de auxilios, ya que él solo y aislado no podía aventurarse á hacer frente en batalla campal á las fuerzas superiores de Zenki. La reina Melisenda, ante las repetidas súplicas de los edesanos, consintió

en enviar algunos barones al Norte; pero antes que estos llegaran al término de su viaje, pasó el tiempo en que hubieran podido cooperar á la salvacion de la ciudad sitiada. Cómo estaban á la sazón las cosas en Antioquia, no lo sabemos con seguridad: Raimundo, á causa de las pérdidas que le habían ocasionado los griegos, estaba profundamente quebrantado para poderse preparar inmediatamente otra vez para una campaña, ó quizá no había vuelto aun de su viaje á Constantinopla. De modo, que el conde Joscelin en vano esperaba socorros, mientras Zenki minaba ya las murallas de Edesa. Los sitiados se defendían admirablemente; los sacerdotes de los armenios, griegos y latinos peleaban al lado de los caballeros y soldados; el arzobispo latino Hugo, á quien Zenki excitó á que facilitase la entrega de la ciudad, rechazó con arrogancia tal proposición. Entonces el emir mandó pegar fuego á las obras de madera, con que había apuntalado por largo tiempo los socavados muros y ordenó á sus feroces tropas que penetrasen en la ciudad por la brecha que allí quedó abierta. Entre la mas espantosa carnicería fué dominada la última resistencia de los sitiados y tomada la ciudad, á excepcion de la ciudadela; la cual, sin embargo, hubo de entregarse dos dias despues (diciembre de 1144).

La pérdida de Edesa fué una inmensa desgracia para los cruzados. Igual suerte podía estar reservada á Antioquia; y en tal caso ni Jerusalem, ni ninguna otra plaza de los dominios cristianos podía sostenerse por mucho tiempo. Pronto parecia que iba á sonar la última hora de los Estados cruzados, pues los seldyucidas aprovecharon su victoria con incontrastable energía. Zenki tomó á Serudsch; la rica Elvira cayó en poder de otro emir de Mesopotamia; toda la mitad del condado de Edesa, situada del otro lado del Eufrates, fué ocupada por los enemigos. Despues Zenki tuvo que abandonar el teatro de la guerra, por haber estallado en Mosul una insurrección, que parecia poner en grave peligro su soberanía; pero no consiguieron por esto los cristianos mas que una breve tregua.

En estas circunstancias no quedaba mas que un camino de salvacion. Era preciso pedir á los correligionarios del Occidente un auxilio suficientemente grande para poder vencer á Zenki y reconquistar á Edesa. Este camino fué seguido, si no por todos los que tenían interés en ello, á lo menos por parte de aquellos que estaban amenazados en primer término por los seldyucidas. La reina Melisenda no se cuidó del peligro general, ni mucho menos dirigió petición alguna de auxilios á Europa; pero en cambio, los sirios del Norte se esforzaron para ganar por sí la opinion favorable de las potencias de Occidente. Aquí es digno de observarse por de pronto, que los armenios cristianos, que con tanta frecuencia se habían puesto del lado de los latinos como leales compañeros de armas, procuraron entonces incorporarse tambien á ellos en lo tocante á las relaciones eclesiásticas. Ya en el año 1140 prometió su patriarca asistir á un concilio en Jerusalem, para modificar el credo armenio en muchos de sus puntos, teniendo por norma el católico romano; y en el año 1145 se presentó una embajada de armenios al papa Eugenio III, pidiéndole, como árbitro, su decision respecto de la conservacion ó abolicion de determinadas prácticas eclesiásticas, y rogándole les instruyese en el rito de la misa de los latinos. Esta vez, segun se deja entender, el príncipe Raimundo llenó cumplidamente su deber; pues, un cronista francés refiere que unos mensajeros antioquenos habían presentado la petición en su patria, de que «el valor de los franceses compañeros de la victoria» podría preservar al Oriente de ulteriores desastres. Además Hugo, obispo de Gros-Gibellum, salió á toda prisa, en noviembre de 1145, para la corte pontificia, donde se lamentó amargamente de

la pérdida de Edesa y manifestó resueltamente el propósito de pasar los Alpes y pedir auxilios en favor de Siria á los reyes Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia. Este obispo era uno de los hombres mas importantes del principado de Antioquia; al lado de Raimundo había combatido así al emperador Juan como al ambicioso patriarca Radulfo, y es verosímil que con anuencia de su soberano, concibiera el plan de presentarse en demanda de auxilios á los mas poderosos jefes de la cristiandad. Si realizó su objeto no lo sabemos, pues no tenemos ulteriores noticias de él, ni podemos dar indicacion alguna de su paradero. Pero los otros mensajeros antioquenos parece que lo lograron, y además varios peregrinos que volvian de la Tierra Santa á su patria, y algunos súbditos de los Estados cruzados, que pasaban á Europa á asuntos de comercio, no solo trajeron la triste noticia de la rendicion de Edesa, sino que hablaron tambien de la necesidad de una nueva expedición militar de los francos á la Siria.

PREPARATIVOS DE LA CRUZADA EN EL OCCIDENTE

Pero la situación del Occidente era muy distinta en este momento de la del año 1095. En tiempo de Urbano II estaba la Iglesia romana dominando sobre potencias sumisas; pero despues las elecciones cismáticas y la corta duracion de muchos pontificados, perjudicaron sensiblemente la importancia de los papas, y á la sazón se sentaba en la silla de San Pedro Eugenio III, varon excelente y piadoso, pero no de grande autoridad. Por el contrario los Estados habían comenzado á desarrollarse con mas vigor. Roger de Apulia había reunido en un poderoso reino los dominios normandos de la baja Italia; las ciudades lombardas se habían hecho ricas y poderosas bajo constituciones libres, y en Francia, tras larga soñolencia, el poder real había recobrado su prestigio, merced al hábil Luis VI y al abad Suger de St. Denys, sabio consejero suyo y de su hijo Luis VII. Sobre todo desde la primera cruzada y en gran parte, á consecuencia de ella, había prevalecido un carácter mas civil en la vida de los pueblos cristianos. La tendencia místico-ascética, por la cual estuvieron dominados durante el siglo XI, cedió su lugar desde la conquista de Jerusalem á otros sentimientos nacientes. Se había dado cumplida satisfacción á esta tendencia, y aprendido á conocer la antigua cultura de los griegos, el poderío de los mahometanos y la rica esplendidez del Oriente. Allí se dilataron los corazones en el ardiente deseo de vivir, no ya en el oscuro porvenir, sino en el estudio de todos los fenómenos de la existencia humana, y á disfrutar con alegría de los tesoros de este mundo. Príncipes y caballeros se entregaron en la orgía de espléndidos festines y en empresas amorosas; instruidos sacerdotes se dedicaban á especulaciones filosóficas, ó se entregaban al estudio de las obras del Derecho de Justiniano, de donde nada podía sacarse en pro de la conveniencia ó utilidad del dominio temporal del estado eclesiástico. El alegre trovador, Guillermo de Aquitania, despertó con sus canciones en media Europa el sentimiento fantástico. Pedro Abelardo reunía apiñada muchedumbre de discípulos entusiastas de su doctrina alrededor de su cátedra, y el fogoso Arnoldo de Brescia predicaba á los romanos, que ya sin esto se habían levantado contra el papa, que el Padre Santo era efectivamente un soberano con respecto á las almas, pero no con respecto á los cuerpos, y que podía reclamar, sin duda alguna, el gobierno de la Iglesia, pero no un poder soberano en la ciudad eterna.

Sin embargo la corriente espiritual que tan poderosa y generalmente había conmovido los ánimos, no se había calmado, antes bien, solo se desvió un poco del antiguo camino.

Si el papado no estaba por el momento en disposición de sostener el papel de director que había desempeñado en épocas anteriores, estaba en su lugar el clero monacal á la cabeza del movimiento, y este fué el campo en que Bernardo de Claraval alcanzó la larga serie de sus triunfos. Descendiente de noble linaje, borgoñon, impulsado por sus aficiones ascéticas, entró en su juventud en la orden del Cister; pero desde allí, al poco tiempo, fué enviado de abad al nuevo monasterio de Claraval. Las tendencias de la época no le llevaron á defender la opinion de que el clero era el llamado á dominar exteriormente en este mundo, y á mandar inmediatamente sobre súbditos ó masas guerreras; su idea iba encaminada tan solo á llevar constantemente á los legos por la senda de la obediencia á los mandatos de los sacerdotes. Pero en este sentido trabajó sin descanso por levantar la teocracia, como en los tiempos anteriores al papa Gregorio VII. Debió sus triunfos á su arrebatadora elocuencia y á los grandes conocimientos que había adquirido en fervoroso estudio. Estaba en disposición no solo de arrastrar consigo á las masas, sino tambien de combatir á los adversarios de poderosísima inteligencia con las armas de la dialéctica. Su palabra influyó con misterioso poder en pro del papa Inocencio II contra el cismático Anacleto; humilló á Abelardo y amenazó á Arnolfo de Brescia; las tendencias eclesiásticas por nadie fueron alentadas con mas vigor que por él, y la predicacion de la cruzada, desde que él la tomó á su cargo, estuvo segura del éxito mas completo.

Cuando el grito de los cristianos sirios en demanda de auxilio resonó en Europa, los compatriotas de Bernardo, los franceses, fueron excitados por él con la mayor energía. Los Estados cruzados, durante los últimos tiempos, se habían convertido, casi por completo, en colonias francesas; los deudos de los nobles franceses eran los que padecían y morían en el Oriente, y á Francia parece que pidió apoyo principalmente el príncipe Raimundo. Añádase á esto, que nada menos que el mismo jóven rey Luis VII acariciaba hacia mucho tiempo el pensamiento de una cruzada. Deseaba emprender una peregrinacion, ya porque su hermano Felipe, muerto en la flor de su edad, había llevado consigo al sepulcro el voto de cruzarse sin poderlo cumplir; ya tambien á causa de los grandes excesos cometidos en las guerras, que torturaban su conciencia; pues, en lucha con el conde Teobaldo de Champaña, acometió á Vitry (1143), una de las plazas mas fuertes del conde, y en ella fué reducida á cenizas la iglesia de la poblacion y mas de mil hombres encontraron su muerte en el incendio.

En la Navidad de 1145 se detuvo Luis en Bourges rodeado de una gran asamblea de barones y prelados franceses. Les expuso claramente su proyecto de ir en persona á Siria y luego procuró atraerlos á esta empresa. El animoso obispo, Godofredo de Langres, le apoyó en un fogoso discurso que versó sobre los peligros de que se veía rodeado el Santo Sepulcro y sobre la necesidad de una cruzada; por el contrario, el abad Suger expuso tan enérgicamente los inconvenientes de una resolucion precipitada, que la asamblea no se atrevió á emitir dictámen alguno concreto; sin embargo, se convino por lo menos en llamar á Bourges al hombre mas célebre del reino, al abad de Claraval, y proponerle que resolviese la cuestion de si era conveniente ó no la cruzada. San Bernardo había tenido que contestar ya á varias preguntas de esta clase; y si las circunstancias del que preguntaba le parecían disuadir de una peregrinacion, con la cordura y prevision con que siempre procedía, daba su respuesta. Pero en esta ocasion le era muy difícil encontrar solucion en cualquier sentido. Siria necesitaba un auxilio; de esto no cabía duda. Pero, ¿debía el rey de Francia abandonar su país por esta causa? Es verdad que la nacion dis-

frutaba en aquellos días de una completa paz, tanto en el interior como el exterior; pero si el soberano partía para lejanas tierras con grandes fuerzas, ¿quién podía calcular las consecuencias? Por estas razones, Bernardo, cuando llegó á Bourges, manifestó que él no podía tomar sobre sí la responsabilidad de dar resolucion á tan trascendental asunto y que era preciso, por lo tanto, dirigirse á Roma y consultarlo con Eugenio III. Luis, en su virtud, mandó una embajada al Papa y logró por tal medio el fin de sus ardientes deseos: pues, Eugenio, desde hacia algun tiempo, y sobre todo, por las comunicaciones del obispo Hugo de Gran-Gibellum, se había enterado de la apremiante necesidad en que estaban los cristianos sirios, y tal vez entonces expresó su deseo de que los franceses debían prepararse para reconquistar á Edesa. En su virtud aceptó con alegría el plan del rey, encomendó á San Bernardo la predicacion de la cruzada, y dirigió una patética carta á la nacion francesa, en la cual la conjuraba á que vengase al Salvador de sus enemigos con su valor de antiguo acreditado; el que tomara la cruz estaria, en union de los suyos, bajo la proteccion apostólica, recibiría la absolucion de los pecados, disfrutaria de la inmunidad de censos, y para procurarse dinero para la expedicion podría hipotecar sus bienes sin consideracion á otra clase de obligaciones (1).

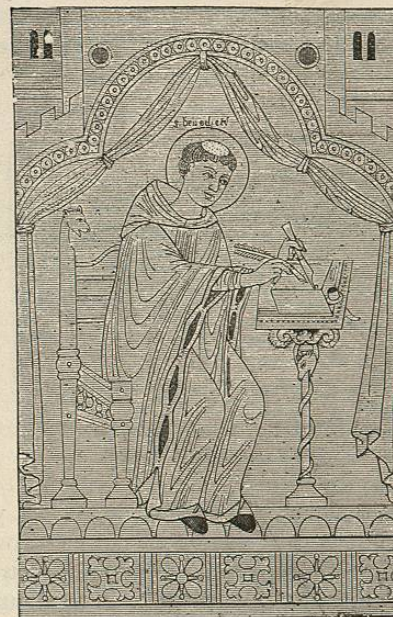
La asamblea de Bourges resolvió celebrar una nueva sesion por Pascua de Resurreccion de 1146 en Vecelay (Borgoña), con objeto de deliberar una vez mas sobre la cruzada. Al aproximarse los solemnes días de Pascua, se reunió en Vecelay una gran multitud de barones distinguidos y de gente ordinaria. Al aire libre se levantó una tribuna á la cual subieron San Bernardo y el rey. Este se hallaba ya adornado con la cruz y con su ejemplo influyó de una manera poderosa en la reunion. El abad leyó la carta del Papa y añadió algunas entusiastas palabras. Cuando concluyó, prurrieron los concurrentes en indecibles gritos de júbilo, como había sucedido en Clermont despues del discurso del papa Urbano. La multitud se acercó impetuosamente á la tribuna, y pidió en alta voz recibir el distintivo de la cruz de manos del Santo. Bernardo apenas podía satisfacer los deseos de todos; pues las cruces que había llevado consigo fueron distribuidas rápidamente hasta el punto de verse precisado á cortar cruces de sus propias vestiduras.

Despues de disolverse la asamblea, recorrió Bernardo la Francia en todas direcciones, predicó con incansable celo, y avivó el deseo de muchos caballeros y gente del pueblo, que prometieron tomar parte en la cruzada. Durante el verano escribió lleno de júbilo á Eugenio, diciéndole: «He obedecido vuestros mandatos, y la importancia del que ha mandado, ha hecho fructífero el esfuerzo del que ha obedecido. Cuando yo anunciaba y predicaba, se multiplicaban los cruzados sin número; pueblos y ciudades están desiertos; apenas podrian siete mujeres encontrar un hombre; así se quedan en general viudas viviendo los maridos.» Pero tambien las mujeres pedían el distintivo de la cruz. Ya la jóven, alegre y bella Leonor de Poitou había decidido ir á la peregrinacion y pronto la siguieron otras damas de la casa real y de la alta aristocracia. El mas brillante éxito parecia asegurado á la empresa con tales auspicios. Contábase una animosa profecía y se comentaba con gusto, á saber, que Luis conquistaria á Constantinopla y Babilonia, y que cual Ciro y Hércules triunfaria del Oriente entero.

El entusiasmo que los franceses sentían por cruzarse, se

(1) La carta pontificia fué expedida en 1.º de diciembre de 1145 ó 1.º de marzo de 1146. Es mas probable que fuese escrita en 1.º de diciembre, tal vez á instancias del obispo Hugo, pero parece no haber sido conocida en Francia hasta marzo de 1146.

comunicó poco á poco á otras tierras; así es que penetró en las comarcas del Rhin; pero en este punto, por ser mal dirigido, ocasionó fuertes movimientos de bastardas pasiones. En el verano de 1146 hubo sangrientas persecuciones de judíos en las ciudades mas populosas del Rhin, y tomaron pronto un carácter tan amenazador, que el arzobispo de Maguncia no pudiendo contener el frenesí, escribió á San Bernardo, pidiéndole su consejo y su ayuda. Este contestó primero por carta, censurando vivamente las corruptoras doctrinas de un monje llamado Rudolfo; pero por fin salió para Maguncia en noviembre, con ánimo de sofocar el



Hábito monacal del siglo XII: tomado del Martirologio de 1138, de la Biblioteca de Stuttgart

cada vez mas furioso tumulto por medio de la poderosa influencia de su persona y la irresistible fuerza de su elocuencia. Por donde quiera que iba, era recibido como un Santo; Rudolfo se sometió á su obediencia; el pueblo de Maguncia murmuró, pero se allanó tambien; el rey Conrado le salió á recibir hasta Francfort y le trató con la mas exquisita atencion y los mas altos honores.

Este nuevo triunfo inspiró á Bernardo el hábil proyecto de excitar á la nacion alemana á que tomara parte en la cruzada. Ya en Francfort aconsejó al rey que formara parte de la peregrinacion como Luis VII. Como Conrado rehusara, guardó por entonces silencio Bernardo y accedió á las súplicas del obispo de Constanza de predicar la cruzada en su diócesis. Recorrió la Alemania occidental, á ambas márgenes del Rhin, se convenció allí de que su palabra en Alemania tenia la misma fuerza que en Francia, é intentó luego una nueva gestion para utilizar los servicios del rey Conrado y de los alemanes en general en favor de la cruzada. Por Navidad de 1146 se convocó una asamblea en Espira y con este motivo, Bernardo envió inmediatamente «al obispo, al clero y al pueblo de Espira» una carta expresiva, en la cual con elocuentísimas palabras los llamaba á tomar parte en la peregrinacion, con el manifiesto propósito de ejercer por este medio una presion moral sobre Conrado. Cuando despues se presentó personalmente en el Reichstag ó dieta del imperio, declaró el rey que no podría hacer el voto de cruzado, hasta tanto que deliberase sobre el particular, reunido en consejo con sus príncipes. Pero Bernardo quería llegar luego al fin deseado; para lo cual, al siguiente día del en que recibió la mencio-

nada resolucion, se levantó durante los divinos oficios en la catedral de Espira y dijo, que no dejaría pasar el día sin predicacion: en seguida habló con ardor cada vez mas creciente de los peligros de la Santa Iglesia y del mérito de ir á la cruzada, y al final se volvió directamente al rey, enumeró los beneficios que el cielo le había concedido, y le recordó el juicio final, en que Jesucristo le dirigiria entre otros justos cargos el siguiente: «¡Oh hombre! ¿qué gracia había en mis manos, que yo no te haya ofrecido?» Conrado no se hallaba en situacion de poder resistir á esta inesperada reprobacion: con lágrimas en los ojos pidió la cruz, que San Bernardo le dió al punto entre las aclamaciones de la multitud que se hallaba allí presente. Muchos príncipes alemanes siguieron el ejemplo del rey sin salir de Espira, y antes que nadie su sobrino el jóven duque Federico de Suabia, despues emperador con el nombre de Federico I.

Así se realizó lo que el abad de Claraval había deseado y lo que él apenas podía esperar. Él mismo llamaba á su victoria sobre Conrado III el milagro de los milagros. No se contentó con esto, sino que procuró excitar á la cruzada en círculos mas dilatados. Como solo trabajaba personalmente en la Alemania occidental, dió á su carta de Espira una nueva direccion «á los francos del Este y á los bávaros», y tuvo la satisfaccion de ganar para la empresa una multitud de adeptos entusiastas en la dieta de Ratisbona, en febrero de 1147. Envío otras copias y modelos de la misma carta á los bohemios, y moravos, á los italianos, bretones é ingleses; cuando en marzo de 1147, en su segunda visita á Francfort, supo que los sajones saldrian á campaña contra los wendos paganos de las inmediaciones con mas gusto que contra los seldyucidas, predicó tambien una cruzada contra los enemigos del cristianismo establecidos al otro lado del Elba. Los peregrinos wendos recibieron como distintivo especial una cruz sobre un círculo, por cuyo medio se significaba la victoria de la cruz sobre el mundo entero. Bernardo les prefijó á petición del rey Conrado la fecha y lugar para el principio de su expedicion, y les recomendó muy encarecidamente que no desearan hasta que con la ayuda de Dios quedase aniquilado el pueblo de los wendos (1), ó sometido al cristianismo. En una palabra, no perdonó esfuerzo ni medio alguno para asegurar el mas grandioso éxito á la guerra santa.

Merced á todo esto y sin haberse propuesto al principio semejante empresa llevó á cabo algo extraordinario. Casi toda la cristiandad romana se hallaba entusiasmada para emprender la lucha contra los diversos puntos del mundo no cristiano. Lo que en otro tiempo había deseado y conseguido el papa Urbano, casi se eclipsaba ante los triunfos del abad de Claraval. Donde quiera que se presentaba el Santo, allí se rendían los corazones á su voluntad.

Enfermos y paralíticos eran llevados á su presencia, para que los curara con sus oraciones; é innumerables milagros se realizaban segun la fervorosa creencia de los que le rodeaban. Alemania, hasta entonces desgarrada por intestinas contiendas, quedó tan santa y pacificada, merced á la predicacion de las cruzadas, «que pasaba por un crimen el llevar armas públi-



El rey Conrado III. Facsimile tomado del códice *De pasagis in Terram Sanctam* (Venecia).

(1) Los wendos formaban un pueblo eslavo extendido por las regiones orientales de la antigua Germania, desde el mar Báltico hasta los Alpes Ilirios y Cárnicos, particularmente en la Pomerania, Brandeburgo, Silesia, Estiria é Iliria. Estaban divididos en cuatro tribus: 1.º los wendos propiamente dichos; 2.º los véndiles; 3.º los vándalos, y 4.º los velatabos ó viltos, los obotritos, los polabos y los wágras.

(N. del T.)